

La madera como herencia: la saga Larretxea entre el monte, el hacha y la palabra

En ADEMAN hablamos a menudo de innovación, de industria, de sostenibilidad.

Pero la madera también es memoria, identidad y cultura. Y pocas familias representan mejor esa unión que los Larretxea: Patxi, socio de ADEMAN, maderista y aizkolari de una saga histórica; su hijo, Hasier, escritor, que ha sabido poner en palabras el vínculo profundo con el oficio y con la madera; y la Escuela de Herri Kirolak de Oronoz, donde tradición y futuro se dan la mano.

Una vida entre el monte y el frontón

Patxi Larretxea ha pasado su vida entre los bosques del Pirineo y los frontones donde la madera se transforma en deporte. Hijo de una familia de aizkolaris, ha seguido el camino de quienes con esfuerzo y destreza levantaron una cultura alrededor del hacha, la fuerza y el trabajo. Además de su labor como maderista, es el impulsor de la Escuela de Herri Kirolak de Oronoz, donde transmite a nuevas generaciones no solo la técnica, sino también los valores del esfuerzo, la disciplina y el arraigo a la tierra.

¿Qué significa para Patxi Larretxea la madera?

Para mí significa casi toda una vida. Porque me he criado en el bosque desde la infancia, por ese contacto desde que tenía conciencia: había que andar con el ganado por los bosques y había algo ahí que

“He crecido rodeado de bosques y siempre he sentido la atracción por la madera. Hay algo que me conecta con los antepasados y con esa manera de vivir en relación a la naturaleza”.

me atraía. Desde niño tenía una admiración a este trabajo cuando veía a los leñadores.

Además de crecer rodeados por la presencia de los bosques y sentir esa atracción por el trabajo relacionado, hay para mí algo que me conecta con los antepasados y con esa manera de vivir en relación a la naturaleza. Es por eso que nos hemos esmerado en transmitir en las plazas y en los campeonatos a través del deporte

rural vasco ese esfuerzo en relación con la madera. Y aparte de eso, relaciono la madera con sentirme libre en la naturaleza y conectar con el bienestar que siento ahí, porque siento que en el monte y rodeado de árboles te fortaleces físicamente y también te oxigenas.

¿Cómo recuerda los primeros años trabajando en el monte?

Eran unos años más difíciles que ahora. Eran de otra forma, eran años más duros por la falta de medios. Recuerdo cómo, en aquellos años en los que empecé a trabajar movíamos la madera con machos en Torrano, antes de ir a la mili. El año anterior estábamos trabajando en Francia, pero después ya no me renovaron el pasaporte y tuve que quedarme aquí.

Eran años muy duros, porque si el día tenía doce horas de luz, pues trabajábamos de luz a luz, y eso era duro. Para nosotros ya estábamos



Patxi y Hasier Larretxea. © Paola Lozano.

hechos a la dureza y no nos afectaba tanto, pero según la perspectiva de hoy en día, pues eso se ve que era demasiado.

Trabajábamos, además, de lunes a domingo. Parábamos al mediodía, hacia las dos. Hacíamos nosotros mismos las chabolas donde dormiríamos en el bosque, y nos quedábamos allá sin bajar al pueblo dos o tres meses. Uno del equipo de trabajo se ocupaba de llevar el pan y comida y los demás no bajábamos en semanas al pueblo. El que bajaba al pueblo subía con un saco de pan grande, tocino... Y alguna vez, si algún día te faltaba carne o algo, pues cazábamos y comíamos carne de jabalí, por ejemplo. Eran épocas mucho más salvajes que ahora. Y en la dureza, si te preparas a resistir, eso es lo mejor de la vida. El invierno, era la época más dura, porque empezaba a nevar y aguantábamos con temperaturas muy bajas.

“La madera siempre va a aportar valores positivos lo que pasa es que no aprendes de ella como antes cuando la trabajas porque todo está ya casi demasiado mecanizado”.

¿Qué valores cree que aporta el trabajo con la madera a las nuevas generaciones?

Nosotros hemos trabajado a mano y hemos dominado ese trabajo nosotros mismos, sin máquinas.

Hoy en día la mayoría de pinos se hacen con máquinas. Y hay mucha diferencia en eso. Era y es un trabajo peligroso. Bueno, peligroso si no sabes hacer bien, sí, pero sabiendo... Si aprendes a hacer un poco bien

no es tanto el peligro. Peligro hay en otras cosas también. Pero, en un principio... pues bueno, aunque ya tengas técnica y lo hagas bien, ha habido accidentes. Y el trabajo que nosotros seguimos haciendo es la madera más gruesa, siempre con motosierra y tractor de cable y esas cosas.

Pero hoy en día ya el 60 o 70% del trabajo se hace con máquinas, procesadoras, autocargadoras, todo como el ordenador que utilizan hoy en día los jóvenes, con el “botónico”. Es muy diferente. Valores siempre la madera va a aportar porque de la madera salen muchas cosas. Lo que pasa es que no aprendes de la vida como antes con la madera cuando trabajas. Todo está ya casi demasiado mecanizado. Los jóvenes igual no aprecian ese trabajo tanto como antiguamente. Siempre aportará unos valores en estar cerca de la naturaleza y trabajando con lo que le guste a cada uno.



¿Cómo surgió la idea de poner en marcha la Escuela de Herri Kirolak en Oronoz?

Se veía que había muchos jóvenes que querían empezar y no sabían cómo. Y nosotros, por nuestros medios, aprendimos a andar como sea. Y ya estábamos con un recorrido a nuestras espaldas. Y veíamos que a esta gente joven había que darle un poco de ayuda.

Antiguamente nosotros éramos un poco salvajes. Íbamos nosotros mismos al bosque a cortar de manera furtiva. Y todo eso: cortar en vertical. Y así es como lo aprendimos. Y eso no era la realidad para ir para adelante. Y entonces nosotros ya recuperamos la madera nosotros mismos del bosque. Pues ahí dijimos que a esta gente joven le hacía falta que se les pusiera algo por delante para ir mejorando esa situación. Que no había que ir salvajemente al bosque de esa manera.

¿Qué siente al ver a su hijo Hasier escribiendo sobre la madera y su oficio desde otra perspectiva?

Bueno, pues muy bien. Porque él también en la infancia ha estado en el bosque conmigo en ciertas cosas. Ha estado cubicando y ya sabe lo que es el monte. Ha vivido cerca del monte con la caravana desde su infancia.

Cuando hemos estado juntos haciendo eventos y eso, pues lo he vivido como muy positivo, he estado muy a gusto. Lo de que él escribe eso, pues también estoy muy contento. Pero yo no soy lector ni escritor. Soy una persona que no entraba en la escuela. Y yo soy de lo que veo, lo afirmo y lo analizo.

Ha habido muchas cosas que han sido muy reales y es muy positivo que no se pierda de esa andadura. De esa tradición, de esa relación con la

“Que Hasier escriba sobre la madera y el oficio es muy positivo para que no se pierda cómo es y ha sido la vida del agricultor o leñador”.

madera. De esos deportes y trabajos ancestrales también asociados a una tierra y un lugar y una manera de mirar el mundo.

Y eso es muy positivo, que salga a relucir y que la gente se entere cómo es la vida rural. Y la vida de un, no sé, campesino o leñador. Sí, de agricultor y deportista rural y leñador. Que haya también en la literatura o en general una transmisión de eso para que la gente conozca en su totalidad los lados más fáciles y complicados del esfuerzo y de lo que supone.



Cada cosa tiene su riesgo y el escritor y como el leñador tiene que arriesgar para llegar a una altura. Y se ve que el hijo también escribiendo arriesga y está llegando a unos sitios muy bien valorados. Y nosotros, pues también con tantos años en la madera, pues también tenemos una historia muy profunda y tenemos ya bastantes conocimientos que no se cogen en un día y podemos transmitir a los hijos o a algún otro que quiera seguir en eso.



Hasier Larretxea (Arraioz, 1982) reside en Madrid desde hace dieciocho años. Ha publicado en varios géneros como poesía: "Otro cielo" (2022) "Hijos del peligro" (2023), "Itzalen kartografia / La cartografía de las sombras" (2025) o "Sua itzaltzen bada" (2025). En Narrativa entre otras obras ha escrito "El lenguaje de los bosques", (2018), "Idaztea gibelera zenbatzen ikastea da" (2024), o "Escribir es aprender a contar hacia atrás", (2025). Diplomado en Trabajo Social, ha trabajado durante quince años como educador y trabajador social en el ámbito de la salud mental en atención directa. Realiza lecturas en las que aúna la literatura con los sonidos del deporte rural vasco (hacha, piedra, sierra), la vida rural (nueces, cencerro) y la electrónica junto a su padre Patxi, su madre Rosario y su marido Zuri Negrín.

¿Qué le inspira para escribir sobre la madera y su familia?

Los bosques son para mí altares vivos, espacios místicos donde el tiempo se

"Mi padre me enseñó a mirar los árboles no como recursos, sino como seres con historia, con ciclos, con dignidad. Me mostró que hay una ética en el trabajo con la naturaleza, un respeto que no negocia".

detiene y uno puede encontrar la paz, el silencio y esa regeneración que tanto necesitamos. Escribo sobre la madera y mi familia porque ahí habita mi genealogía, mi raíz más profunda.

Durante mucho tiempo me costó entender el trabajo de mi padre, el de los madereros. Pero con los años he comprendido que mi padre es un gran defensor y amante de la naturaleza, que conoce sus ritmos, sus secretos, su sabiduría.

Venimos de muchas generaciones en el norte de Navarra que han vivido de esa vida salvaje y humilde, en comunión con lo que la tierra ofrece. Esa imagen, ese estilo de vida, se convirtió en un lenguaje que me permite hablar de otros muchos temas: la resistencia, la memoria, la identidad, el respeto.

Al fin y al cabo, como lector y escritor interesado en dietarios, autobiografías, toda esa literatura de no-ficción aferrada a la vida, tanto el trabajo relacionado con la madera como la vida familiar rural es un caldo de cultivo para conectar con la humildad, con la sabiduría ancestral, con esa mirada de mirar a la vida y al mundo, con todo aquello que nos reconecta con lo más profundo, y en mi caso, con mi ser que necesita volver a través de esos pasos que me alejaron.

¿Cómo ha influido su padre en su forma de ver la vida y su literatura?

Creo que mi padre me ha ido enseñando,



Hasier Larretxea entre sus padres Patxi y Rosario. © Zuri Negrín.

muchas veces, sin necesidad de las palabras y con los hechos. Aunque es un hombre curtido en la carencia y en lo salvaje de la vida, contiene, y quizá por eso, un interior luminiscente que lo salvaguarda con una actitud de vida como si portara una armadura, para hacer frente a los embates de la vida. Porque no lo ha tenido nada fácil y ha tenido que luchar contra muchos elementos.

Me enseñó a mirar los árboles no como recursos, sino como seres con historia, con ciclos, con dignidad. Me mostró que hay una ética en el trabajo con la naturaleza, un respeto que no negocia. Eso ha marcado mi literatura: me esfuerzo en escribir es de la observación, desde el silencio, desde la escucha. Él me transmitió una forma de estar en el mundo que es, en el fondo, espiritual.

Mi padre encarna esa sabiduría antigua, esa conexión con lo esencial que hoy parece perdida.

¿Qué cree que representa la madera más allá de lo material?

La madera es memoria, testimonio, genealogía. Cada anillo cuenta una

“La madera habla de ciclos, de transformación, de regeneración. Es la metáfora perfecta de la vida: nace, crece, sostiene, se transforma y, al final, vuelve a la tierra para alimentar nuevos comienzos”.

historia: sequías, lluvias, heridas, resistencias. Es un símbolo de fortaleza flexible, de adaptación sin perder la esencia.

Para mí, la madera representa también el legado: lo que nuestros antepasados nos dejaron y lo que nosotros debemos cuidar para transmitir. Es un puente entre generaciones, un recordatorio de que formamos parte de algo más grande. Más allá de lo material, la madera habla de ciclos, de transformación, de regeneración. Es la metáfora perfecta de la vida: nace, crece, sostiene, se transforma

y, al final, vuelve a la tierra para alimentar nuevos comienzos.

¿Cómo imagina la transmisión de este legado a las nuevas generaciones?

Imagino que la transmisión ha de ser experiencial, no solo discursiva. Las nuevas generaciones necesitan pisar el bosque, sentir la tierra bajo sus pies, tocar la corteza de los árboles, escuchar el silencio que habla. Necesitan entender que no somos dueños de la naturaleza, sino parte de ella. Transmitir este legado es enseñar que hay una riqueza inmensa en lo sencillo, en lo salvaje, en lo humilde. Es invitar a las nuevas generaciones a recuperar esa mirada contemplativa, ese vínculo sagrado con la tierra que nos sostiene y nos nombra.

Tradición y futuro

La saga de los Larretxea nos recuerda que la madera no es solo economía o construcción: es parte de nuestra cultura y de nuestra forma de entender el mundo. Entre el monte, el frontón y las letras, Patxi y Hasier muestran que la madera sigue siendo raíz y también futuro.

Pensar en la madera

Hasier Larretxea comparte con ADEMAN un texto en el que la madera se convierte en símbolo de esfuerzo, ausencia, tradición y también reconciliación. Un relato íntimo que retrata a su padre y a toda una generación que forjó su vida a golpe de hacha y de motosierra.

Pensar en la madera es pensar en el serrín que esparcía mi padre nada más llegar al piso de protección oficial que compraron con el dinero que ahorró trabajando sin días festivos en las selvas del Pirineo. Nada más llegar, esparciría el barro por todas las habitaciones. Al escuchar el sonido de las botas de montaña bajaríamos el volumen de la televisión y nos mostraríamos con cierta corrección y rigidez que mi madre y yo no necesitábamos cuando estábamos solos.

Aprovechaban los domingos por la mañana para limpiar la ropa de la semana en el río, afilar con precisión las motosierras y darle un vistazo al tractor y solventar así cualquier avería. Los domingos por la tarde bajarían al pueblo más cercano para tomarse algún vino mientras socializaban con los lugareños. Y yo, en algún momento álgido de la adolescencia en el que la confrontación era habitual con él le llegaría a reprochar que él nunca estaba con nosotros, que sentía su ausencia, que por momentos se convertiría en un extraño para mí.

Los meses de invierno eran los más duros tanto para él como para mi madre. Él debía hacer frente a las adversidades climatológicas (nieve, hielo o lluvia) en aquellos paisajes salvajes e inhóspitos donde las carreteras se convertían en caminos de tierra casi intransitables. No sé cómo maniobraba con el camión para llegar sano y salvo. Aprovecharía cada centímetro que le permitiera mover las ruedas de buen agarre. Mi madre solventaba su ausencia durmiendo conmigo. Calentaría sus frías piernas sobre las mías, que tendrían desde aquellos primerizos años de los ochenta a la redondez.

Pensar en la madera es visualizar la fotografía en la que mi padre cargaba un tocón en su hombro izquierdo con mi prima Jaione a un costado de pie y yo, en la silleta en el otro. Seguramente fuera de las últimas veces en las que se le vio con la cara despejada. Cuentan que cuando se desprendió de esa barba prominente con la que parecía la reencarnación de Jesucristo (sé que le saldrán sarpullidos con esa comparación) llegando de los bosques como ese basajaun, hombre de los bosques salvaje, personaje mitológico y guardián con el que se identifica y se presenta ante los desconocidos. Al parecer no lo reconocí con la cara al descubierto por lo que no paré de llorar, como si hubieran escondido de alguna manera a mi verdadero padre.

No sé si es porque me dejé la barba o porque en lugar de ver las diferencias comenzó a vislumbrar todo aquello que compartimos gracias a la madurez y el sosiego de los años en la distancia, pero es cierto que en ese lugar donde habitaba el silencio y la distancia comenzó a brotar la rama de la comprensión, el afecto y la admiración desde ese nudo del roble con el que tanto se identifica. Dice que algún día podré llegar a identificarme yo también con ese árbol. Que me queda, para ello, camino por andar. Que tampoco voy descaminado.

Pensar en la madera es palpar la fortaleza de quienes nacieron en las pendientes de la carencia económica y emocional en los años de la dictadura y pudieron convertir el esfuerzo diario de lo rural y privado en la celebración de la tradición en eventos en plazas y frontones donde la intensidad de las riñas y disputas entre deportistas

y linajes llegarían a poner en juego tierras, caseríos y pertenencias.

Pensar en la madera es sentir el filo del hacha que se alza sobre la cabeza para impulsarlo, después, de cara al golpe certero. Saldrán disparadas las astillas. Pasa lo mismo con la lumbre. Es la explosión de los elementos, de la materia que se hace añicos, que se transforma y evapora. Nos acercaremos a la chimenea para calentar las aquejadas lumbares. Nos relajaremos con el sonido que crea el fuego, fijando el pensamiento en las formas que creará sobre la madera que se irá convirtiendo en ceniza, en todo lo fugaz.

Pensar en la madera es poder transitar desde la profundidad de la tierra y su raíz hasta la claridad de los rayos de sol atravesando la humedad del rocío de las hojas. Pensar en la madera es escarbar la tierra, zarandearla, arrojar las piedras, hurgar hasta las entrañas. Pensar en la madera es mirar desde la óptica de las copas de los árboles, con la determinación de los bosques frondosos que cubren con su manto los límites del paisaje, las zanjas y de las fronteras para erguirse y expandirse en todas las direcciones, bajo el idioma de las estaciones. Pensar en la madera es pensar en los ciclos de la vida y en su regeneración. Luz, tierra, viento y fuego. Los puntos cardinales que guían nuestra existencia, en ocasiones, sin rumbo ni anclajes en estos tiempos de banalidades y superficialidades. De lo artificioso sin entraña, eje, esencia ni raíz.

+ INFO

www.hasierlarretxea.com